

TOPOGRAFIEN DES KÜNFTIGEN TOPOGRAFÍAS DE LO VENIDERO



(c) Sandra Feferbaum

**sperrgebiet der tage. notizen zu einem spaziergang
mit alan pauls (zona restringida del día. apuntes
para un paseo con alan pauls), Max Czollek
Vidrio (Glas), Alan Pauls**

**Urlesung: 22. Mai 2019, Ibero-Amerikanisches Institut
Leído por primera vez en vivo el 22 de mayo de 2019,
Instituto Iberoamericano de Berlín**



Der Regierende Bürgermeister
von Berlin
Senatskanzlei



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz



sperrgebiet der tage.

notizen zu einem spaziergang mit alan pauls

von Max Czollek

*

die straßenbahnen an der warschauer sind schifferklaviere, bewegliche tunnel, birkenkätzchen, leuchtende zensurstreifen, gedankenstriche zwischen gebäuden, die buchstaben sind im morsealphabet der städte.

die grüne welle der grenzgebüsche, die nicht mehr über mir zusammenschlagen, mein spielplatz ist so klein geworden, dass ich ihn in der manteltasche herumtragen kann, die backsteinkirche mit ihrem trüben bleiglas, bloß als gefühl.

kurzfristig verhangener himmel, applaudierender regen, das pflaster fließt, als würde es schmelzen, gehalten von nägeln, graviertem messing, der versuch, nicht darüber zu stolpern, jede erinnerung ein blindgänger, das anrücken der bagger.

*

eine subversive definition dieser stadt müsste folgendes enthalten: unter den volksparks das archiv der knochen. unter dem asphaltierten alexanderplatz das labyrinth der keller. unter neubauten das braille der bombenlücken.

zur blauen stunde steigen die maikäfer aus dem boden, wuchtig und metallisch wie eine rückwärts laufende erzählung der großväter. und sollte sich dieser park um neunzig grad drehen könnten wir den abendbrokat erklimmen wie außentreppen.

wir hätten den spaziergang auch nachts unternehmen können, an einer bar gelehnt zinslose kredite akzeptiert, schnäpse über brücken wie

kehlköpfe marschieren lassen, vor flügeltüren gestanden, mit dem
schreibfinger nach sternern gesucht, keine gefunden.

*

das ist meine hosentasche, das ist mein strohhalm, hier mein feuerzeug in
der zigarettschachtel aus papier. handyoberfläche: meine
krankenkassenkarte, meine kristalle, mit denen ich pfade in die dunkelheit
zeichne. das ist mein land, unberechenbar wie wetter.

eine durchgeschüttelte flasche krimsekt, das ist mein körper, den ich
huckepack durch den park trage, trichter hinunterstolper, ihn neben mir ins
gras lege. muss bloß die augen zudrücken, schon bin ich unter diesen
bäumen zuhause.

wind in den ästen, das ist mein altes tornisterradios. das sind wir beide,
die passanten befragen: was ist deutschland und wo können wir es
anzünden. warum geht das gedicht durch den körper und verletzt ihn
nicht. die passanten schweigen.

*

an den treppen zur ubahn grüßt sonne mit ausgestreckten arm, fotografien
vom achten mai in der unterführung und der krieg dauert noch ein
ausgebombtes jahr. das wird ungemütlich, alan, jetzt kannst du nicht
sagen, ich hätte dich nicht gewarnt.

eine landschaft, die bäume für mich pflanzte, würde ich niederbrennen
habe ich gesagt und wohl auch heimat, ein unreiner reim, unter dessen
stiefeln man uns namen gibt, die tragen wir und vetrümmern wie mont
klamott.

laufmaschen die pfade in ausgeklopfter mondlandschaft, die treppen, die
wir den bunkerberg hinaufstiegen, die großväter einzusammeln, die in den
bäumen hingen wie fahle birnen. ich hatte einen traum, es war ein
alptraum, das flüstern in den gasküchen meiner kindheit.

*

der anrückende sommer, großes krematorium, vielleicht bin ich paranoid, wer wäre je über einen lichtstrahl gestolpert. oder sollten wir heute noch das gras ausreißen, es wieder bestatten, weil es aus den körpern wächst als sprachloses befremden.

die statue mit kopfüber gestrecktem schwert, im angriff erstarrt wie salzsäulen, hatte sich wohl zu früh nach der zerstörung umgekehrt. du fragst, ob das ein bild für die dichtung ist. ich antworte, meine stolpersteine sind von der gasag, es stehen drei buchstaben darauf.

dass das nicht meine worte sind, wie soll ich es sagen, man legte sie mir unter die zunge während ich schlief. dass das unweigerlich ist wie verwüstete tränensäcke in dieser stadt, winkendes gras, das weiße rauschen der bäume.

zona restringida del día.

apuntes para un paseo con alan pauls

de Max Czollek

Traducción del alemán: Nicolás Cortegoso Vissio

*

los tranvías de la *warschauer straÙe* son acordeones, túneles móviles, amento de abedules, resplandecientes tachones de censura, guiones entre los edificios que son letras en el código morse de la ciudad.

la onda verde del cerco de ligustrinas que ya no colisionan sobre mí, mi espacio de juego se ha vuelto tan pequeño que puedo llevarlo a todos lados en el bolsillo de mi abrigo, la iglesia de ladrillo con su opaco cristal de plomo, tan solo una sensación.

por un instante el cielo cubierto, la lluvia que aplaude, el empedrado fluye como si fuera a derretirse, el latón grabado, asegurado con clavos, el intento de no tropezarme con él, cada recuerdo es un proyectil sin estallar, el avance de las excavadoras.

*

una definición subversiva de esta ciudad debería incluir lo siguiente: bajo los volksparks, el archivo de los huesos. debajo de la asfaltada alexanderplatz, el laberinto de los sótanos. bajo las edificaciones nuevas, el braille de los cráteres dejados por las bombas.

en la hora azul salen los escarabajos del suelo, macizos y metálicos como una historia del abuelo contada al revés. y si el parque girara noventa grados podríamos subir el brocado de la tarde como escalinatas.

podríamos también haber dado el paseo por la noche, habernos apoyado en la barra de algún bar, aceptado créditos sin interés, dejar marchar el alcohol sobre los puentes como si fueran laringes, parados frente a

puertas dobles, buscando estrellas con el dedo que usamos para escribir y no hallando ninguna.

*

este es el bolsillo de mi pantalón, este es mi sorbete, aquí está mi encendedor en el paquete de cigarrillos de cartón. la cubierta de mi móvil: mi credencial del seguro médico, mis cristales con los que trazo sendas en la oscuridad. esta es mi tierra, impredecible como el clima.

un champán soviético, esto es mi cuerpo, que llevo a cuestas por el parque, una botella agitada como un embudo que tropieza y dejo (caer) a mi lado sobre el pasto"

viento en las ramas, esta es mi antigua radio de válvulas y esto es lo que somos nosotros dos, interrogando a los transeúntes: qué es alemania y dónde podemos encenderla. por qué el poema pasa a través del cuerpo pero no lo lastima. los transeúntes callan.

*

en las escaleras del metro, sol saluda con el brazo extendido, fotografías del ocho de mayo en el paso subterráneo y la guerra dura todavía un año bombardeado. esto va a ser incómodo, alan, no puedes decir que no te lo advertí.

un paisaje, los árboles que plantó para mí, los reduciría a cenizas dije y probablemente también a mi patria, una rima impura, bajo cuyas botas se nos da un nombre que llevamos y derrumbamos como el mont klamott.

medias corridas las sendas en un paisaje lunar sacudido, las escaleras que subimos del bunkerberg, para recoger a los abuelos que colgaban de los árboles como peras macilentas. tuve un sueño, era una pesadilla, el susurro de las cocinas de gas de mi infancia.

*

el verano que se aproxima, un gran crematorio, quizás yo esté paranoico, quién se habría tropezado alguna vez con un rayo de luz. o tendríamos que arrancar hoy el pasto, volverlo a sepultar, porque crece de los cuerpos como un extrañamiento, sin palabras.

la estatua con la espada alzada, como petrificada en ataque, quizás se había volteado demasiado pronto después de la destrucción. me preguntas, si esta es una imagen para la poesía. te respondo que mis stolpersteine son del gasag, hay tres letras en él.

que no son mis palabras, cómo puedo decirlo, alguien las puso bajo mi lengua mientras dormía. que aquello es inevitable como el lagrimal devastado en esta ciudad, el pasto que nos saluda, el murmullo blanco de los árboles.

Vidrio

de Alan Pauls

Veníamos hablando del escándalo de la venta del complejo deportivo SEZ de la esquina de Landsberger Allee y la Danziger Straße, *venta* en sentido figurado, naturalmente, porque en rigor nadie que pide un euro por cinco mil metros cuadrados de energética infraestructura deportiva en el corazón de Friedrichshain está vendiendo nada, y nadie que lo paga, a su vez, está comprando a decir verdad nada, más aun habida cuenta de que en el momento de pagar el famoso euro —y vaya uno a saber de qué modo, cómo mierdas se procede a un pago semejante, si con una moneda de un euro o dos de cincuenta centavos, si con tarjeta de crédito o por medio de un cheque o una transferencia bancaria —que vaya esto a la cuenta de todo lo que ignoramos e ignoraremos siempre de la operación por la que el complejo deportivo SEZ cambió definitivamente de manos, tanto o más opaca que la que mantiene al ex nuevo aeropuerto de Berlín en el extraño estado de muerte en vida en el que está desde que debió ser inaugurado, hace ya siete años— más aun habida cuenta, como veníamos diciendo con Max mientras dejábamos atrás las prominencias de hierro y vidrio del SEZ, de que el mal llamado comprador, en el momento mismo de desembolsar el euro que le piden, tiene ya perfectamente claro que no piensa hacer nada de lo que ha sido necesario que se comprometa a hacer para quedarse con la ganga inmobiliaria de la década, si no del fin de siglo y de milenio.

Hablábamos de las piletas, al parecer enormes y variadas, de las canchas de bowling ambientadas como un episodio de los Supersónicos y del surtido menú de instalaciones ofrecido por el complejo, bendecido por el secretario Honecker y su comitiva de notables el 20 de marzo de 1981, cuando se inauguró, y que Max, aunque con algunas dudas, recordaba haber usado alguna vez de niño, antes, pero no tanto antes, de que la reunificación acabara con el complejo, y del estado de ruina *lento* en el que el complejo se encontraba, menos evidente en la estructura o los materiales que en el tono lavado, pálido y sucio de sus colores alguna vez brillantes, seguramente elegidos, como el estilo arquitectónico del

conjunto, de *vanguardia fea*, digámoslo de una vez, para contagiar una fe en el futuro de la acción del deporte sobre el cuerpo y el alma de quienes lo practiquen, y por extensión en el futuro todo, el futuro en general, que el futuro en particular de la DDR no tardaría en defraudar.

Hablábamos de todo eso, parte de lo cual efectivamente era dicho por nosotros esa tarde soleada de abril, parte probablemente sólo imaginado, o dicho para sí por alguno de los dos, seguramente por mí, puesto que nadie, y menos que nadie yo, un narrador argentino, es quién para decir qué es lo que pasa en la cabeza de Max Czolleck, poeta alemán, dicho para sí, decía, en esa especie de subconversación tácita y por momentos maliciosa que suele acompañar a la conversación oficial, cuando entramos por fin en el parque de Friedrichshain, que Max había elegido como destino último de nuestra caminata *à deux* por Berlín. No estoy seguro de que ésa fuera su idea original. En los emails y otros documentos que dan fe de los preparativos de nuestro encuentro aparecía Oberschöneide, a una hora y cincuenta y seis minutos a pie del Neuer Hain, el kiosco del Volkspark Friedrichshain en el que nos precipitamos a sentarnos, bastante maltrechos, después de tres horas de caminata, a tomar algo y reunir energías para la recta final de la excursión. Pero una media hora atrás, mientras contemplábamos, yo en una especie de estupor, Max supongo que con cierta satisfacción, las gigantescas moles gemelas hundidas como meteoritos en la tierra de la Schwimmhalle y el Velodrom, Max me había hablado de la colina del parque Friedrichshain, alzada, al parecer, sobre los restos de un bunker de la Segunda Guerra, y desde la que se suponía que se podía gozar de una hermosa vista de la ciudad, y desde entonces la llamada colina había empezado a brillar, a obsesionarme, hasta desalojar en mí cualquier otra de las propuestas del itinerario elegido por Max, la remotísima Oberschöneide en primer término, por supuesto, pero también la que esporádicamente me susurraban mis piernas exhaustas, tirarnos en el pasto y quedarnos así, tirados, hasta que él tuviera que volver a sus asuntos y yo a los míos, charlando de bueyes perdidos, cantando canciones o hablando de libros que nos hubieran gustado, o callados, simplemente, dejando que el sol nos entibiara los párpados, como dos adolescentes que se hubieran rateado de la escuela.

Fue ahí, a la entrada del Volkspark Friedrichshain, mientras nos sacábamos y volvíamos a ponernos las camperas según la marcha, en el cielo, del duelo histórico entre el sol y las nubes, Max la suya de cuero, noble, gastada, como corresponde al peleador que se agazapa en él, yo la que me compré de oferta en Milán en 2016 con la esperanza de vencer al frío para siempre, a todos los fríos posibles, empezando por el de Berlín, una prenda de las llamadas *high tech*, atérmica, larga hasta las rodillas, llena de cierres relámpago y sin una costura, que nunca me ha funcionado pero cuyo aire futurista haría juego con el estilo del complejo deportivo SEZ, en particular con el bowling, fue ahí, decía, cuando Max declaró como al pasar que la pasión fanática por las series de televisión era una mierda de la que no participaba en lo más mínimo, y cuando pasamos a burlarnos largo y tendido de los largometrajes producidos por Netflix, cosa que evidentemente llevábamos mucho tiempo queriendo hacer y que sin duda habríamos hecho más confortablemente tirados en el pasto, felices en el pellejo despreocupado de nuestros dos adolescentes rateados de la escuela. Las películas de Netflix eran malas, a menudo horribles, pero lo eran en un sentido nuevo, dijimos mientras nos levantábamos y rumbeábamos hacia la colina del parque Friedrichshain, que, desde el punto en el que estábamos, por lo menos, brillaba bastante por su ausencia. Costaban mucho dinero, involucraban actores de renombre, ostentaban una fotografía exquisita y tocaban los temas más álgidos de la agenda. Pero nada pegaba con nada. Veías la película y todo parecía verse como por separado: los actores aquí, la fotografía allá, el guión a un costado, más atrás la música. Nada coagulaba, nunca.

Películas-Frankenstein producidas por nuevos ricos que sólo atinan a contratar lo mejor, lo más caro, lo más de moda, pero no tienen ganas ni tiempo de ensamblarlo, ni consideran que ensamblarlo sea una necesidad. Que de esa mierda se ocupe el cine viejo, piensan. Son películas sin director ni productor, dijimos, y también, en el fondo, sin guión, reemplazado aquí por los resultados de una batería de estudios estadísticos. ¡El cine del capitalismo algorítmico!, sentenciamos, pero nada parecido a una colina o a sus vísperas se insinuaba por ninguna parte. Casualidad o no, sin embargo, también allí, en el camino de grava de la entrada al parque Friedrichshain, también allí había restos de botellas de vidrio, restos dispersos, pequeños, apenas más grandes, de

tan pisoteados, que las piedritas que formaban el camino. Desde que estoy en Berlín veo restos de botellas rotas por todas partes, a toda hora, en cualquier día de la semana y las zonas más diversas de la ciudad, hasta el punto de que cuando pienso en un logotipo para la ciudad, uno de los pasatiempos favoritos en los que se despilfarra una vocación de alcalde ridícula, completamente infantil, que no entiendo cómo me atrevo a confesar aquí, no pienso en el oso, ni en el *ampelmann*, ni en la Fernsehturm, ni siquiera en Sven Marquardt, el custodio que vela por la puerta de la discoteca Berghain con el mismo celo con que el guardián de Kafka cuida la puerta de la ley. Pienso en vidrios de botella rota, y pienso que cuando las sirenas de ambulancias y coches de policía se cansen por fin de ser el signo sonoro universal del espacio urbano, ahí estará para reemplazarlas, nuevo y joven, el sonido del vidrio al romperse, como oigo las noches de viernes y sábados que hacen los chicos que se congregan a matar el tedio al pie del ciervo de oro de la Hirschbrunnen, o simplemente al golpear contra la pared de un tacho de basura, ese tintineo extraño, a la vez musical, porque siempre hay música en el vidrio, y violento, porque el vidrio tiene peso e impacta, con el que me despierta cada mañana, con una puntualidad que sólo el poder de policía del trabajo es capaz de garantizar, algún vecino devoto de los rituales bien ejecutados, que aprovecha que sale de su casa para deshacerse de su basura transparente. ¿Y si fuera eso, la ambivalencia insoluble que me propone el vidrio en Berlín, a la vez destello y amenaza, música y *fait divers* sanguinolento, desecho y gema, lo que me empuja aquí en Berlín cada vez más hacia el oprobio, a preferir, pagando el precio de cargar con una culpa atroz, a su sosías abyecto, su parodia cínica y su verdugo, el plástico, enemigo público número uno? Deshacerse de su vidrio, para mi vecino, es una ceremonia. *Buntglas, weißglass...* También para mí, sólo que yo saco el vidrio de la casa cuando ya no hay más remedio, cuando las bolsas no dan más, cuando el ex cuarto de herramientas de la casa, actualmente cuarto del vidrio, *glaszimmer*, está a punto de estallar. Empiezo a subir, subo —hay colina en Friedrichshain—, atraído por la promesa de una vista panorámica que no se me concederá, tanto han crecido los árboles allí arriba, formando una espesa cortina verde, a menos que por *vista panorámica* se entiendan los nombres de los distintos puntos geográficos de Berlín que están grabados en el baluarte de piedra circular de la cima: Prenzlauer Berg, Kottbusser Tor, Charité, el inmenso hospital donde Max me contó hace un rato que había nacido,

que en invierno, por ejemplo, extinto todo ese verdor, deberían verse desde allí mismo. Max me alcanza en un par de zancadas (recién ahora me doy cuenta de lo alto que es), después de demorarse hablando por teléfono. Quiso fumar, buscó en los bolsillos su sobre de tabaco, se dio cuenta de que lo había dejado en el café Tasso, en la Frankfurter Allee, donde tres horas antes nos habíamos detenido a tomar café (y por poco no pagamos la cuenta dos veces). Llamó al Tasso: el tabaco estaba a salvo. ¿Fumó Max cuando estábamos en el Tasso? ¿En qué momento? ¿Antes o después de que yo le preguntara por su padre y él me contara que había muerto temprano, que cuando él tenía veinte años, creo recordar que dijo, “ya llevaba mucho tiempo muerto”? ¿Antes o después de que nos quedamos callados, varados en un silencio que no esperábamos, porque nuestras ganas de hablar de escritores recién presentados no lo hacía prever, un silencio que pensé pero no supe cómo romper y al que por fin, un poco avergonzado, terminé confiándome, un poco como nos confiamos al pudor de una intimidad inesperada. Subiendo en amplios círculos a la colina del Friedrichshain, mientras Max señalaba las esculturas que, según dicen, están hechas con el bronce de las estatuas de Stalin derribadas bajo el deshielo precursor pero efímero de la era Kruschev, nos cruzamos con una pareja de religiosos de traje negro, flacos como juncos, que parecían suspendidos en una duda, inmóviles, muy juntos uno del otro. *Were they twins?*, preguntó Max en voz alta más adelante, para mí, que caminaba a su lado, pero también al aire, así, en general, como cuando necesitamos compartir una perplejidad pero no necesariamente que nos la disipen. Bajó alguien bebiendo una botella de cerveza que dejó, casi sin detenerse, a un costado del camino, aparentemente vacía, con delicadeza, como pensando en la mano extraña que más tarde la recogería para canjearla por dinero, y entonces el vidrio de todas esas botellas se me apareció como una especie de oro, un oro común, social, y sus pedazos desparramados por todo Berlín como monedas perdidas, ya sin valor pero aun así centelleantes, a la vez alegres y melancólicas, como esas lentejuelas que encontramos en la alfombra, caídas del vestido donde las vimos brillar, y deslumbrarnos, al día siguiente de una fiesta feliz.

Glas

von Alan Pauls

Aus dem argentinischen Spanisch von Christiane Quandt

Wir hatten gerade über den Skandal um den Verkauf des Sportkomplexes SEZ, Landsberger Alle Ecke Danziger Straße, gesprochen, *Verkauf* ist natürlich nicht wörtlich zu verstehen, denn wer, nimmt man es genau, einen Euro für fünftausend Quadratmeter imposante Bausubstanz im Herzen von Friedrichshain verlangt, verkauft nicht wirklich etwas und wer es bezahlt, kauft wiederum in Wirklichkeit nichts, mehr noch, wenn man bedenkt, dass der Käufer in dem Augenblick, als der berüchtigte Euro bezahlt wurde – man fragt sich, wie zur Hölle so eine Zahlung überhaupt abläuft, ob mit einer Ein-Euro-Münze oder zwei Fünzig-Cent-Stücken, mit der Kreditkarte, einem Scheck oder per Überweisung – diese Frage zählen wir zu all dem hinzu, was wir über das Unternehmen, durch das der Sport- und Erholungskomplex SEZ definitiv den Eigentümer gewechselt hat, nicht wissen und nie wissen werden und welches genauso undurchsichtig oder noch undurchsichtiger ist als das, das den ehemals neuen Berliner Flughafen betreibt, diese lebende Leiche, die vor sieben Jahren hätte eingeweiht werden sollen, – mehr noch, wenn man bedenkt, wie Max und ich gerade sagten, während wir die Strukturen des SEZ aus Metall und Glas hinter uns ließen, dass der zu Unrecht so genannte Käufer in dem Augenblick, als er den Euro bezahlt, der verlangt wird, sich absolut darüber im Klaren ist, dass er überhaupt nicht daran denkt, die Dinge zu tun, zu denen er sich hätte verpflichten müssen, um das Immobilienschnäppchen des Jahrzehnts, wenn nicht des ausgehenden Jahrhunderts oder Jahrtausends zu erwerben.

Wir sprachen von den offenbar riesigen und unterschiedlichen Schwimmbecken, von den Bowlingbahnen, die wie eine Folge der Jetsons gestaltet sind, und von der großen Auswahl an Anlagen, die der Komplex bot, der von Honecker und seinen Getreuen am 20. März 1981 eingeweiht wurde und die Max, obwohl er sich nicht ganz sicher war, wohl als Kind

einmal genutzt hatte, bevor, aber nicht lange bevor die Wiedervereinigung den Komplex zugrunde richtete und bevor er in den jetzigen Zustand des *allmählichen* Verfalls übergang, der sich weniger an der Struktur oder der Substanz zeigte als an dem verwaschenen, blassen Ton seiner irgendwann einmal leuchtenden Farben, die sicherlich sorgfältig gewählt waren, genau wie der architektonische Stil einer *hässlichen Avantgarde*, sprechen wir es ruhig aus, um denjenigen den Glauben an eine Zukunft der Wirksamkeit des Sports auf Körper und Seele einzupflanzen, die Sport trieben und, daran anschließend, den Glauben an die ganze Zukunft, die Zukunft überhaupt, was die besondere Zukunft der DDR ihrerseits wenig später Lügen strafen sollte.

Wir sprachen von all dem und ein Teil davon wurde tatsächlich an diesem sonnigen Aprilmittag von uns ausgesprochen, ein anderer Teil wahrscheinlich nur imaginiert oder von einem von uns zu sich selbst gesagt, sicherlich von mir, denn niemand und noch weniger ich, ein argentinischer Prosaautor, kann sagen, was im Kopf des deutschen Lyrikers Max Czollek vorgeht und was er mehr zu sich selbst als zu mir, in dieser Art unterschwelligem, stummem und gelegentlich harschen Gespräch, das üblicherweise parallel zur offiziellen Unterhaltung abläuft, sagte, als wir schließlich den Volkspark Friedrichshain betraten, den Max als letztes Ziel unseres Spaziergangs *à deux* durch Berlin ausgewählt hatte. Ich bin mir nicht sicher, ob das sein ursprünglicher Plan war. In E-Mails und anderen Korrespondenzen, die unsere Vorbereitung auf das Treffen dokumentieren, taucht Oberschönweide auf, eine Stunde fünfzig Minuten zu Fuß vom Kiosk Neuer Hain im Volkspark Friedrichshain entfernt, wo wir uns nach drei Stunden Fußmarsch eilig und einigermaßen zerstört hinsetzten, um etwas zu trinken und Kräfte zu sammeln für die Zielgerade unserer Exkursion. Vor einer halben Stunde, als wir die riesigen, wie Meteoriten in der Erde versenkten Zwillingbrocken der Schwimmhalle und des Velodroms betrachteten, ich etwas benommen, Max vermutlich mit einer gewissen Genugtuung, erzählte Max von dem Hügel im Volkspark Friedrichshain, der wohl auf den Resten eines Bunkers aus dem Zweiten Weltkrieg ruht und von dem aus man einen wunderschönen Blick über die Stadt genießen konnte, so nahmen wir an, und seitdem glänzte der Hügel, zog mich magisch an, bis er in mir sämtliche übrigen von Max eingebrachten Wegvorschläge verdrängte, das unglaublich weit entfernte Oberschönweide natürlich zuallererst, aber

auch den mir von meinen erschöpften Beinen von Zeit zu Zeit zugeflüsterten Vorschlag, uns auf die Wiese zu legen und liegen zu bleiben, bis seine Verpflichtungen ihn rufen würden und mich die meinen und über Gott und die Welt zu plaudern, Lieder zu singen oder von Büchern zu sprechen, die uns gefielen, oder einfach zu schweigen und uns die Lider von der Sonne wärmen zu lassen wie zwei Schule schwänzende Teenager.

Es war hier, beim Betreten des Volksparks Friedrichshain, wobei wir uns die Jacken je nach Weg an- und auszogen, während sich am Himmel ein hysterisches Duell zwischen Sonne und Wolken abspielte, Max seine noble, abgetragene Lederjacke, wie es sich für den Kämpfer gehört, der sich in ihm verbirgt, ich die, die ich mir 2016 in Mailand im Sonderangebot gekauft hatte in der Hoffnung, damit für immer die Kälte zu besiegen, jede erdenkliche Kälte, zuallererst die Kälte Berlins, eine sogenannte Funktionsjacke, wärmeisolierend und knielang, voller Reißverschlüsse und ohne auch nur eine einzige Naht und die nie ihren Zweck erfüllt hat, aber deren futuristischer Look sicherlich zum Stil des Sportkomplexes SEZ passte, besonders zu den Bowlingbahnen, hier erklärte Max, wie im Vorübergehen, dass die fanatische Leidenschaft für Fernsehserien völliger *Bullshit* sei und er sie kein bisschen mitmachte, und als wir dazu übergingen, uns lang und breit über die von Netflix produzierten Filme auszulassen, was wir beide offensichtlich schon lange tun wollten und was wir sicherlich bequemer ausgestreckt auf der Wiese hätten tun können, glücklich in der Haut unserer beiden Schule schwänzenden Teenager. Die Filme von Netflix waren schlecht, oft fürchterlich, aber sie waren etwas Neues, sagten wir, als wir aufstanden und uns auf den Hügel im Volkspark Friedrichshain zubewegten, der, zumindest von da aus, wo wir standen, ziemlich stark durch Abwesenheit glänzte. Sie waren sehr teuer, beschäftigten bekannte Schauspieler, zeigten exquisite Bilder und behandelten die frostigsten Themen der Agenda. Doch nichts passte zu einander. Man sah die Filme und alles schien von allem abgetrennt: hier die Schauspieler, da die Bilder, auf einer Seite das Drehbuch, dahinter die Musik. Nichts verschmolz. Nie. Frankensteinartige Filme, produziert von Neureichen, die nur darauf aus sind, das beste unter Vertrag zu nehmen, das Teuerste, das Angesagteste, die aber keine Lust und keine Zeit haben oder es nicht für nötig halten, das alles zusammenzufügen. Darum soll sich das alte Kino

kümmern, denken sie. Es sind Filme ohne Regisseur und ohne Produzent, so sagten wir, und eigentlich auch ohne Drehbuch, das durch eine Batterie statistischer Erhebungen ersetzt wird. Das Kino des algorithmischen Kapitalismus!, so beschieden wir, dabei tauchte nirgendwo etwas auf, was einem Hügel auch nur anhauchsmäßig ähnelte. Zufall oder nicht, jedenfalls lagen auch hier, auf dem Kiesweg am Eingang zum Volkspark Friedrichshain, auch hier lagen Reste von Glasflaschen, verstreute kleine Scherben, kaum größer und genauso zertreten wie die Steinchen, die den Weg bildeten. Seit ich in Berlin bin, sehe ich überall die Überreste zerbrochener Flaschen, überall, jederzeit, an jedem Wochentag und in den unterschiedlichsten Teilen der Stadt. Das geht so weit, dass ich beim Nachdenken über ein Logo für die Stadt, eine meiner liebsten Freizeitbeschäftigungen, bei der ich eine lächerliche bürgermeisterhafte Berufung auslebe, die völlig kindisch ist und von der ich nicht verstehe, wie ich es wagen kann sie hier offenzulegen, nicht an den Bären oder an die Ampelmännchen denke, nicht an den Fernsehturm und nicht einmal an Sven Marquardt, der die Tür zum Berghain hütet wie der Türhüter das Gesetz bei Kafka. Ich denke an die Scherben zerbrochener Flaschen und ich denke, dass wenn die Martinshörner von Krankenwagen und Polizei endlich die Lust verlieren, das universelle akustische Wahrzeichen der Stadt zu sein, dann würden sie ersetzt von dem neuen und jungen Geräusch zerbrechenden Glases, das freitags und samstags abends von den Jugendlichen zu hören ist, die sich um den goldenen Hirschen am Hirschbrunnen zusammenrotten um die Langeweile zu besiegen und Flaschen gegen Wände schlagen oder gegen Mülleimer, dieses seltsame Klirren, das musikalisch ist, denn Glas trägt immer Musik in sich, und gewaltsam, denn Glas ist gewichtig und hat Schlagkraft, mit der es mich jeden Morgen mit der Pünktlichkeit weckt, die nur die Macht der Arbeitspolizei garantieren kann, irgendein der korrekten Ausführung von Ritualen ergebener Nachbar, der den Weg aus dem Haus nutzt, um seinen durchsichtigen Abfall loszuwerden. Und wenn es das wäre, die unlaufösbare Ambivalenz, die mir das Glas in Berlin bietet, Glanz und Bedrohung zugleich, Musik und blutiger *fait divers*, Abfall und Edelstein, was mich hier immer weiter in die Nähe der Schande drängt, lieber den Preis einer grässlichen, schweren Schuld zu zahlen und den niederträchtigen Doppelgänger des Glases, seine zynische Parodie, seinen Henker und Staatsfeind Nummer eins, das Plastik, vorzuziehen? Glas wegzuwerfen ist für meinen Nachbarn eine Zeremonie. Buntglas,

Weißglas ... Auch für mich, nur dass ich das Glas erst aus der Wohnung bringe, wenn es nicht mehr anders geht, wenn die Taschen überquellen, wenn die ehemalige Werkzeugkammer der Wohnung, zur Zeit *cuarto del vidrio*, Glaszimmer, kurz davor ist, aus allen Nähten zu platzen. Ich gehe bergauf, bergauf – es gibt also doch einen Hügel im Friedrichshain – angezogen von der Verheißung eines Panoramablicks, der mir nicht vergönnt ist, denn die Bäume sind hier mittlerweile so hoch gewachsen, dass sie einen dichten, grünen Vorhang bilden, es sei denn, man versteht unter *Panoramablick* die Namen der verschiedenen Orientierungspunkte in Berlin, die auf dem runden Steinwall oben auf dem Hügel eingraviert sind: Prenzlauer Berg, Kottbusser Tor, Charité, das riesige Krankenhaus, von dem mir Max eben erzählt, dass er dort geboren wurde, und das man im Winter zum Beispiel, wenn das ganze Grün vergangen ist, von hier aus sehen müsste. Max holt mich mit ein paar langen Schritten ein (erst jetzt merke ich, wie groß er ist), nachdem ihn ein Telefonat aufgehalten hat. Er wollte rauchen, suchte in den Taschen seinen Tabak und bemerkte, dass er ihn im Café Tasso in der Frankfurter Allee vergessen hatte, wo wir vor drei Stunden beim Kaffee saßen (nicht viel hätte gefehlt und wir hätten zwei Mail vergessen unsere Rechnung zu bezahlen). Er hat beim Café Tasso angerufen: Der Tabak ist gerettet. Hat Max geraucht, als wir im Tasso saßen? Wann genau? Bevor oder nachdem ich ihn nach seinem Vater gefragt habe und er mir erzählt hat, dass er früh gestorben war? Ich glaube mich zu erinnern, dass er sagte: „Als ich zwanzig war, war er schon eine lange Zeit tot“. Bevor oder nachdem wir verstummten, auf einer Stille strandeten, die wir nicht erwartet hatten, weil die Redelust zweier Schriftsteller, die einander gerade erst vorgestellt worden waren, sie nicht vorhersehen ließ, eine Stille, die ich brechen wollte, aber nicht wusste wie, und der ich mich schließlich etwas beschämt hingab, etwa so, wie man sich der Scham unerwarteter Intimität hingibt. Während wir in großen Schleifen den Hügel des Friedrichshain hinaufstiegen, zeigte mir Max die Skulpturen, die, so sagt man, aus der Bronze der unter dem bahnbrechenden, aber kurzlebigen Tauwetter der Chruschtschow-Ära niedergerissenen Stalin-Statuen gefertigt wurden, trafen wir zwei junge religiöse Menschen in schwarzen Anzügen, gertenschlank, die in einen Zweifel verheddert schienen und reglos sehr nah beieinander dastanden. *Were they twins?* fragte Max später mich, der neben ihm lief, aber auch die Luft, er fragte so ganz allgemein, wie wenn man die eigene Verwirrung mitteilen muss, aber sie nicht unbedingt zerstreuen will. Jemand lief

hügelabwärts, leerte eine Bierflasche, die er daraufhin fast ohne anzuhalten vorsichtig am Wegesrand stehen ließ, so, als würde er an die fremde Hand denken, die sie später mitnehmen würde, um das Pfand einzulösen, und da schien mir das Glas aller Flaschen wie eine Art Gold, ein gewöhnliches, soziales Gold und seine in ganz Berlin verstreuten Scherben waren wie verlorene Münzen, wertlos geworden, aber trotzdem noch glänzend, fröhlich und melancholisch zugleich, wie von einem Kleid abgefallene Pailletten, die man auf dem Teppich findet, wo man sie glänzen sieht und sie uns am Tag nach einer glücklichen Party blenden.